



Gustavo Arcos y el ataque al Moncada

Por Antonio de la Cova

Tras el golpe de estado de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 en Cuba, Gustavo Arcos Bergnes se unió a las filas del opositorista Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que dirigía el profesor Rafael García Bárceñas. El MNR quedó neutralizado con el arresto de su líder y 67 seguidores, el Domingo de Resurrección de 1953, acusados de conspirar para tomar el cuartel militar Columbia en La Habana.

Entre los del MNR que escaparon a la redada, Arcos, Abelardo El Perico Crespo Arias, Carlos González Seijas y el estudiante de Derecho, Angel Patachula Díaz-Francisco, estaban ansiosos de continuar la lucha. Tres meses después, a mediados de julio, Léster Rodríguez y Pedro Miret, que pertenecían al grupo de Fidel Castro que planeaba asaltar el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, le dijeron a Díaz-Francisco que la organización Triple A de Aureliano Sánchez Arango iba a desembarcar un cargamento de armas en la playa Siboney, para compartirlas con todos los grupos revolucionarios, pidiéndole su colaboración.

Díaz-Francisco manejó su Oldsmobile 1950 desde La Habana hasta Oriente, acompañado por Arcos, El Perico Crespo, Jesús Blanco Alba y Carlos Merille Acosta, un ex militante de la UIR, encargado del grupo. En la finca Villa Blanca en Siboney se congregaron 135 hombres y dos mujeres para participar en el ataque al Moncada en la madrugada del 26 de julio de 1953. Simultáneamente, Raúl Martínez Ararás y 27 hombres atacarían el

cuartel militar en Bayamo. Castro arribó una hora antes de partir y explicó a los congregados que iban a tomar el campamento militar por sorpresa, vestidos de soldados y portando armas cortas, escopetas y rifles calibre 22. Díaz-Francisco recuerda que nadie recibió más de veinte balas. Cuando algunos escépticos cuestionaron el plan, Castro falsamente alegó que habían soldados que esperaban unirse a ellos y que varios pilotos de la fuerza aérea en Camagüey les iban a dar apoyo.

El doctor Mario Muñoz le dijo a Castro que aquello era un suicidio y, despojándose de su revólver, se comprometió solamente a prestar asistencia médica. Díaz-Francisco, Arcos, Crespo, Merille, Blanco, y siete otros se negaron a participar, siendo apartados en una habitación. Según Díaz-Francisco, Arcos y Crespo se arrepintieron a último momento y decidieron ir al ataque. Castro los llevó en su vehículo, junto con Pedro Miret, Reynaldo Benítez, Israel Tápanes y Carlos González Seijas.

En el momento que la caravana insurrecta se aproximaba a la posta 3 del cuartel Moncada, por una calle lateral apareció caminando una patrulla de ronda compuesta por los soldados Alfonso Silva Domínguez y Luis Cara de Chivo Triay. Silva portó su ametralladora y les dio el alto, pero desde el primer carro le gritaron "paso a Batista" y continuaron hasta la posta, donde desarmaron al centinela Poliano Drago Grajales y a otro soldado. Mientras la patrulla miraba hacia la posta 3, de espaldas al resto de la caravana, Castro, mane-

jando el segundo auto, redujo la velocidad y exclamó "vamos a detenerlos".

En ese instante, el sargento Carlos Rojas Ortiz caminaba por la acera en dirección al cuartel con su almuerzo en un cartucho. Arcos le dio el alto y salió por la puerta detrás de Castro. González Seijas luego declaró que Arcos, "al bajarse, tropezó y se le disparó el fusil". Al escuchar el tiro, Silva relata que descargó su ametralladora contra los rebeldes, quienes ripostaron el fuego. En la posta 3, el cabo Isidro Izquierdo Rodríguez tocó el timbre

de alarma general y fue ultimado. Arcos posteriormente dio a Díaz-Francisco dos diferentes versiones. Inicialmente dijo que vio a un soldado apuntándole a él y le disparó primero, y después alegó que el soldado le tiró y él respondió el fuego. Fidel Castro siempre culpó a Arcos de arruinar el factor sorpresa del ataque al Moncada.

Como consecuencia, solamente un puñado de rebeldes lograron entrar en la fortaleza y no salieron con vida. El resto de los atacantes dispersos dispararon desde afuera hacia el Moncada

sin poder penetrar por la posta 3, que era barrida desde el cuerpo de guardia por una ametralladora calibre 30 manejada por los sargentos Bernabé González y José Virués Moraga. La escaramuza de hora y media resultó dispareja entre las armas de grueso calibre y granadas del ejército y las armas livianas de los atacantes. Hubo confusión por la vestimenta, y algunos rebeldes vestidos de militares se dispararon unos a otros. Arcos recibió un balazo calibre 22 en el abdomen dejándolo sin movimiento en las piernas. El Perico Crespo lo cargó con otros compañeros hacia un auto en retirada que manejaba Ramiro Valdés. Al cruzar la calle, Crespo recibió un balazo de pequeño calibre abajo del hombro izquierdo. Jaime Costa Chávez lo ayudó a entrar en otro carro que se iba.

Valdés abandonó su auto, con las llantas perforadas, en la calle 12 esquina a 11 en el reparto Vista Alegre, avisando por teléfono al doctor Alejandro Posada Recio, un amigo de la familia de Arcos, donde éste se encontraba tendido en el asiento. Posada, cirujano y director del sanatorio de la colonia española, recogió a Arcos y lo operó con la asistencia del médico ortopédico René Eldidy Eljaiek. Según afirmó Eldidy, la herida de Arcos era de pequeño calibre, le destruyó la apéndice y le fracturó una vértebra lumbar, con lesión en la médula, dejándole afectada la pierna derecha. Eldidy también atendió a Pepe Ponce, cuya mano izquierda tenía una herida de pequeño calibre. Estando ambos rebeldes en el salón de operaciones, llegó una escuadra de soldados para detenerlos. Posada y el médico Vicente Guach Ovieta intercedie-

ron, y Ponce los acredita con haberles salvado la vida.

Arcos permaneció en dicho hospital hasta que un tribunal de urgencia se reunió allí el 23 de octubre de 1953 para juzgarlo junto con los dirigentes políticos Luis Conte Agüero, Juan Marinello, Roberto de Varona Loredo, Santiago Noriega y José Núñez Carballo. Todos fueron absueltos, excepto Arcos, quien desde una silla de ruedas admitió su participación, y fue sentenciado a diez años de presidio.

Enviado a La Habana para recibir tratamiento en el hospital ortopédico, el 13 de julio de 1954 Arcos escapó durante la noche con la ayuda de un grupo armado. Varios meses después fue capturado por la policía y enviado al presidio de Isla de Pinos, donde estaban Fidel Castro y 28 de los hombres convictos por el ataque al Moncada.

Al salir en libertad tras la amnistía del 15 de mayo de 1955, Arcos se incorporó a las actividades beligerantes del Movimiento 26 de Julio que dirigía Castro. Rechazó el "diálogo cívico" entre el gobierno de Batista y la oposición, que proponían Cosme de la Torriente y la Sociedad de Amigos de la República, en el cual participó un grupo de combatientes del Moncada y Bayamo.

Antonio de la Cova tiene un M.A. en Estudios Latinoamericanos y ha escrito su tesis de doctorado en Historia sobre el ataque al cuartel Moncada. Su libro *U.S.-Cuba Relations: The Reagan Years*, está en imprenta.